Luego que llegó su turno al destacamento de la torre, Castaños ordenó el desfile, quedándose á retaguardia para que no se ocultase alguno de sus soldados.

José de la Luz estaba en el dintel de la escalera cuando Jacinto puso el pie en el primer escalón.

—Alto, dijo el insurgente, poniéndole dos pistolas al pecho.

Jacinto no preveía aquel lance, y permaneció estático con la sorpresa.

Dos soldados de la escolta de Piedra-Santa que acompañaban á José y estaban en el secreto, se arrojaron sobre el asesino, y lo ataron fuertemente por los brazos.

—El vaticinio se realiza, murmuró Jacinto: «*el último de las generaciones que llegue á reunir las tres esmeraldas, asistirá á la última de las batallas, y morirá en la noche que preceda á ese gran día de la independencia de México.*»

Los insurgentes creyeron que Castaños rezaba.

—Haces bien, dijo José de la Luz, porque vas á morir.

En seguida ató una cuerda al cuello de aquel desgraciado, poniendo el estremo en la barandilla de la torre.

Jacinto no suplicaba, sabía que su muerte era inevitable, y estaba resignado.

Los soldados sacaron fuera de la torre á aquel hombre y lo lanzaron al espacio.

Con el peso corrió la lazada, y la estrangulación fué momentánea: el cuerpo azotó fuertemente contra los muros.

Osciló unos momentos el cadáver, y después tomó su reposo natural.

El rostro se puso amoratado, conservando el aspecto de fiereza que había distinguido á aquel malvado.

Ultimo vástago de aquellos tres hombres que habían jurado venganza al pie del cadalso de Xicotencatl, cumplía con su misión al realizarse el horóscopo de la fatalidad.

José de la Luz se precipitó por las tinieblas de la escalera seguido de sus compañeros, y se perdió en el silencio de la noche.

III.

Al día siguiente las tropas de la insurgencia contemblaban un cadáver colgado á uno de los balaustrados de la torre de Aztcapotzalco, y que mostraba en su pecho desnudo *tres esmeraldas*.

IV.

Los caudillos todos de la insurrección concurrieron al sitio de México, con el mismo entusiasmo que en los primeros dias de la revolución.

La capital no tenía el aspecto de una ciudad sitiada: con excepción de los europeos, todo el mundo respiraba júbilo, y el pueblo veía aparecer sobre el cielo de la patria la luz del astro que resplandecía en el horizonte.

Perdida la esperanza del triunfo, acudió esa sombra de gobierno á pedir la *extrema-unción* á la iglesia.

Hiciéronse tríduos y rogativas, invocóse el poder del cielo con preces y procesiones; pero el cielo permaneció sordo á las súplicas.

La situación era más triste cada día; las avanzadas se desertaban, los personajes salían prófugos y la desmoralización más grande devoraba los últimos restos del gobierno colonial.

Un virrey con los independientes, otro virrey defendiendo la ciudad, otro más destituido y protestando contra todo, presentaban el espectáculo de la disolución más completa.

El virrey sitiado estabo perdido irremisiblemente; así es que el 11 de Setiembre, promovió una junta, y para salvarse de la derrota hizo la siguiente declaración:

«Quedo satisfecho absolutamente por los despachos originales que he visto, de que el señor don Juan O-Donojú es capitán general y jefe político superior de estas provincias, nombrado por el rey, en cuya virtud lo reconozco como autoridad lejítima.»

Aquella declaración fué la entrega de la ciudad.

Novella, O-Donojú é Iturbide, celebraron una última conferencia, y la capital quedó á merced del ejército independiente.

El general Filisola al frente de cuatro mil insurgentes, tomó posesión de la capital, señalándose el 27 de Setiembre para la entrada triunfal del *Ejército trigarante*.

Arriado el estandarte de los Castillos y Leones, apareció nuestra bandera como un íris sobre el antiguo alcázar de Moctezuma.

V.

¡Sombras de nuestros mayores, mártires todos de la libertad americana, alzaos de vuestras tumbas al toque de *resurrección* de vuestra patria!

¡Vosotros que habéis regado con vuestra sangre el campo infecundo de tres siglos, coronad vuestras frentes con las inmortales y siemprevivas de la victoria!

¡Tended vuestras alas como los génios tutelares de América; imprimidle ese sello de grandeza sublime que os acompañó resplandeciente en las hogueras del siglo XVI, y en los patíbulos del siglo XIX, y llevad intacta vuestra bandera á las generaciones del porvenir!

EPILOGO.

EL LIBRO ROJO.

Llegó por fin el día de la libertad de México. Once años de lucha, un mar de sangre, un océano de lágrimas.—Esto era lo que había tenido que atravesar el pueblo para llegar desde el 16 de Setiembre de 1810 hasta el 27 de Setiembre de 1821.—16 y 27 de Setiembre, 1810 y 1821. Hé aquí los dos broches de diamantes que cierran ese libro de la historia en que se escribió la sublime epopeya de la independencia de México.

«¡Y cuánto patriotismo, cuánto valor, cuánta abnegación habían necesitado los que dieron su sangre para que se inscribieran con ella sus nombres en ese gran libro!

«Pero el día llegó; puro y trasparente el cielo, radiante y esplendoroso el sol, dulce y perfumado el ambiente.

«Aquel era el día que alumbraba después de una noche de trescientos años.

«Aquella era la redención de un pueblo que había dormido en el sepulcro tres siglos.

«Por eso el pueblo se embriagaba con su alegría, por eso la ciudad de México estaba conmovida.

«¿Quién no comprende lo que siente un pueblo en el supremo día en que recobra su independencia? Pero, ¿quién sería capaz de pintar ese goce purísimo, cuando se olvidan todas las penas del pasado y no se mira sino luz en el porvenir; cuando todos se sienten hermanos; cuando hasta la naturaleza misma parece tomar parte en la gran fiesta?

«México se engalanó como la joven que espera á su amado.

«Vistosas y magníficas colgaduras y cortinajes ondeaban al impulso del fresco viento de la mañana, en los balcones, en las ventanas, en las puertas, en las cornisas, en las torres. Cada uno había procurado ostentar en aquel día lo más rico, lo más bello que tenía en su casa.

«Sus calles parecían inmensos salones de baile: flores, espejos, cuadros, vajillas, oro, plata, seda, cristal, todo estaba en la calle, todo lucía, todo brillaba, todo venía á dar testimonio del placer y de la ventura de los habitantes de México.

«Y por todas partes, cintas, moños, lazos, cortinas con los colores de la bandera nacional, de esa bandera que enarbolada por Guerrero y por Iturbide en el rincón de una montaña, debía en pocos meses pasearse triunfante por toda la nación, y flamear con orgullo sobre el palacio de los virreyes de Nueva España.

«Aquellos tres colores simbolizaban: un pasado de gloria, el rojo; un presente de felicidad, el blanco, y un porvenir lleno de esperanzas, el verde; y en medio de ellos el águila triunfante hendiendo el aire.

«Y entre aquella inmensa multitud que llenaba las calles y las plazas, que se apiñaba en los balcones y ventanas, que coronaba las azoteas, que escalaba las torres y las cúpulas de las iglesias, ansiosa de contemplar la entrada del ejército libertador, no había quizá una sola persona que no llevase con orgullo la escarapela tricolor.

*
* *

«El sol avanzaba lentamente; y llena de impaciencia esperaba la muchedumbre el momento de la entrada del ejército *trigarante*.

«Por fin, un grito de alegría se escuchó en la garita de Belen, y aquel grito, repetido por más de cien mil voces, anunciò hasta los barrios más lejanos que las huestes de la independencia pisaban ya la ciudad conquistada por Hernan Cortés el 13 de Agosto de 1521.

«1521, 1821. ¡Trescientos años de dominación y de exclavitud!

«A la cabeza del ejército libertador marchaba un hombre, que era en aquellos momentos objeto de las más entusiastasy ardientes ovaciones.

«Aquel hombre era el libertador don Augustin Iturbide.

«Iturbide tenía una arrogante figura, elevada talla, frente despejada, serena y espaciosa, ojos azules de mirar penetrante, regía con diestra mano un soberbio caballo prieto que se encabritaba con orgullo bajo el peso de su noble ginete, y que llevaba ricos jaeces y montura guarnecidos de oro y de diamantes.

«El traje de Iturbide era por demás modesto; botas de montar, calzón de paño blanco, chaleco cerrado, del mismo paño, una casaca redonda de color de avellana, y un sombrero montado con tres bellas plumas con los colores de la bandera nacional.

«Al descubrir al libertador, el pueblo sintió como una embriaguez de placer y de entusiasmo, los gritos de aquel pueblo atronaban el aire, y se mezclaban en gigantesco concierto con los ecos de las músicas, con los repiques de las campanas de los templos, con el estallido de los cohetes, y con el ronco bramido de los cañones.

«Iturbide atravesaba por el centro de la ciudad para llegar hasta el palacio; su caballo pisaba sobre una espesa alfombra de rosas, y una verdadera lluvia de coronas, de ramos y de flores caía sobre su cabeza y sobre la de sus soldados.

«Las señoras desde los balcones regaban el camino de aquel ejército, con perfumes, y arrojaban hasta sus pañuelos y sus joyas; los padres y las madres levantaban en sus brazos á los niños y les mostraban al libertador, y lágrimas de placer y de entusiasmo corrían por todas las mejillas.

«Las más elegantes damas, las jóvenes más bellas y más circunspectas se arrojaban á coronar á los soldados rasos y á abrazarlos; los hombres, aunque no se hubieran visto jamás, aunque fueran enemigos se encontraban en la calle, y se abrazaban y lloraban.

«Aquella era una locura, pero una locura sublime, conmovedora; aquel era un vértigo, pero era el santo vértigo del patriotismo.

«Por eso será eterno entre los mexicanos el recuerdo del 27 de Setiembre de 1821, y no habrá uno solo de los que tuvieron la dicha de presenciar esa memorable escena, que no sienta que se anuda su garganta y que sus ojos se llenan de lágrimas, al escuchar esta pálida descripción, hija de las tradiciones de nuestros padres, y nacida solo al fuego del amor de la patria.

«Aquel fué el apoteósis del libertador Iturbide.»

II.

Han pasado tres años. Una sucesión de errores y atentados políticos entre los que se registra la disolución de un congreso, ha abierto la tumba al primer imperio. El hombre de Iguala, el grande, el aclamado por el pueblo, yace proscrito y sin nombre en las regiones extranjeras. La bandera de la República está plantada en la patria de Hidalgo; ella le dice al vírgen continente y á las naciones del viejo mundo, que la independencia está consumada, y que ella será respetada en el apoteósis sublime de su soberanía . . . . . .

«Era la tarde del 15 de Julio de 1824. Frente á la barra de Santander (Estado de Tamaulipas), se balanceaba pesadamente el bergantín «Spring» anclado allí desde la víspera.

«La tarde estaba serena, apenas una ligera brisa pasaba susurrando entre la arboladura del buque, las olas se alejaban mansas hasta reventar á lo lejos en la playa, y los tumbos sordos de la mar llegaban casi perdiéndose hasta la embarcación.

«Las gaviotas describían en el aire caprichosos círculos, anunciando con sus gritos destemplados la llegada de la noche, y se miraban de cuando en cuando bandadas de aves marinas que volaban hacia la tierra buscando las rocas para refugiarse.

«Melancólica es la hora del crepúsculo en el mar cuando el sol se oculta del lado de la tierra; tristísimo es contemplar esa hora desde un buque anclado.

«Sobre la cubierta del bergantín había un hombre que tenía fija la mirada en la playa.

«Mucho tiempo hacía que permanecía inmóvil en la misma postura. Esperaba y meditaba.

«Y esperaba con paciencia, porque no se contraía uno solo de los músculos de su fisonomía y meditaba profundamente, porque nada parecía distraerle.

«La noche comenzó á tender su manto, y aquel hombre no se movía. Por fin los contornos de la tierra desaparecieron entre la oscuridad, las estrellas brillaron en el negro fondo de los cielos, y asomaron sobre las inquietas olas esos relámpagos de luz fosfórica, que son como las fugitivas constelaciones de esa inmensidad que se llama Océano.

«El hombre del bergantín no veía pero escuchaba, y repentinamente se irguió.

«Era que en medio del silencio de la noche había percibido el acompasado golpeo de unos remos.

«Aquel rumor era á cada momento más y más distinto; sin duda alguna se acercaba al bergantín una lancha.

—«¿Jorge, eres tú?—dijo el hombre del bergantín á uno de los remeros cuando la pequeña embarcación llegó.

—«Sí, señor—contestó una voz desde la lancha.

—«¿Y Beneski?

—«Espera aquí—contestó otra voz.

«El hombre saltó resueltamente á la escala, y con una firmeza que hubiera envidiado un marinero, descendió por ella y llegó á bordo de la lancha.

—«¡A tierra!—exclamó sentándose en el banco de popa.

«Los bogas no contestaron, sonó el golpe de los remos en el agua, y la lancha obedeciendo á un vigoroso y repentino impulso, se deslizó sobre las aguas, ligera como una ave que hiende los aires.»

***

«Al día siguiente, cerca ya de Soto la Marina, caminaba una tropa de caballería, enmedio de la cual podía distinguirse al mismo hombre que el día anterior había desembarcado del bergantín.

«Al lado de aquel hombre marchaba otro que parecía ser el jefe de la fuerza.

«Los dos caminaban en silencio, parecían hondamente preocupados y poco dispuestos á emprender una conversación.

«Por fin el hombre del bergantín rompió el silencio, y acercando su caballo al de su acompañante, le dijo con voz firme:

—«Señor general Garza, supuesto que soy prisionero de usted, ¿no podría decirme la suerte que se me espera?

«Garza levantó los ojos, lo miró por un momento, y con acento casi lúgubre contestó:

—«La muerte.

«El prisionero no palideció siquiera, pero tampoco volvió a desplegar sus labios; poco después llegaron á Soto la Marina.

«En la misma noche toda aquella población sabía que á la mañana siguiente sería pasado por las armas el destronado emperador de México don Agustin Iturbide, hecho prisionero al desembarcar en la barra de Santander, por el general don Felipe de la Garza.

«Los historiadores no están conformes en el modo con que fué aprehendido don Agustin Iturbide.

«Algunos de sus biógrafos, más apasionados de la memoria del desgraciado emperador que de la verdad, afirman que Iturbide llegó á las playas mexicanas ignorando el decreto de proscripción fulminado contra él en la República, y agregan que desembarcó disfrazado, fingiéndose colono, en compañia de Beneski; pero que fué reconocido por el modo expedito y airoso que tenía de montar á caballo.

«Todas estas dudas se disipan y todas esas relaciones se desmienten, con solo trascribir el principio de una carta que en el momento casi de desembarcar escribía Iturbibe á su corresponsal en Lóndres don Mateo Flétcher, y que inserta don Cárlos Bustamante en su apéndice á los *Tres Siglos de México*.

«Dice así:—«A bordo del bergantín «Spring» frente á la barra de «Santander, 15 de Julio de 1824.—Mi apreciable amigo:

«Hoy voy á tierra, acompañado solo de Beneski, á tener una «conferencia con el general que manda esta provincia, esperando que «sus disposiciones sean favorables á mí, en virtud de que las tiene «muy buenas en beneficio de mi patria... Sin embargo, indican no «estar la opinión en el punto en que me figuraba, y no será dificil «que se presente grande oposición, y aún ocurran desgracias. Si entre «estas ocurriere mi fallecimiento, mi mujer entrará con usted en con«testaciones sobre nuestras cuentas y negocios, etc.»

«Y esta carta está firmada:—«Agustin de Iturbide.»

«Toda la versión, pues, sobre el incógnito de Iturbide, no pasa de ser una novela.

***

«Amaneció el dia 17, y se notificó á Iturbide que dentro de pocas horas debía morir.

«Su muerte estaba decretada por Garza, que se fundaba para dar esta determinación en la ley que proscribía á Iturbide para siempre de la República.

«Notificóse al preso la sentencia, y la escuchó sin inmutarse; pidió que viniera, para auxiliarle en el último trance, su capellán que había quedado en el buque, y envió á Garza un manifiesto que había escrito para la nación.

«La serenidad de Iturbide y la lectura del manifiesto conmovieron sin duda al general, porque mandó suspender la ejecución y se puso

en marcha para Padilla, en donde estaba reunido el congreso del Estado, llevando consigo al prisionero y tratándole con tantas consideraciones como si él fuera mandando en jefe.

«Llegaron por fin á Padilla, y el congreso determinó que sin excusa ni pretexto fuese pasado por las armas. En vano Garza, que asistió á la sesión, procuró probar, convertido entonces en defensor de Iturbide, que el decreto de proscripción no alcanzaba á tanto, que Iturbide daba pruebas de sus intenciones pacíficas, trayendo consigo á su esposa y á sus pequeños hijos. El congreso se mantuvo inflexible, y Garza fué encargado de ejecutar la sentencia dentro de un breve término. Volvió entonces á notificarse á Iturbide que podía contar con tres horas para arreglar sus negocios, después de las cuales debía morir.

«Iturbide se preparó á morir como cristiano, y se confesó con el presidente del congreso que era un eclesiástico, y que había salvado su voto cuando se trató de la muerte del prisionero.

«Las seis de la tarde del día 19 fué la hora señalada para ejecutar la sentencia.—Iturbide salió de la prisión sereno y firme, y deteniéndose al encontrarse en el campo exclamó:

—Daré al mundo la última vista.

«Después pidió agua que apenas tocó con los lábios, y se vendó él mismo los ojos.

«Se trató entonces de atarle los brazos; resistióse al principio, pero después se resignó con humildad.

«Detúvose allí, caminó cosa de setenta ú ochenta pasos y llegó al lugar del suplicio, repartió el dinero que llevaba en los bolsillos entre los soldados, y entregó su reloj, un rosario y una carta para su familia al eclesiástico que lo acompañaba.

«En seguida, con firme acento habló á la tropa, rezó en voz alta algunas oraciones y besó fervorosamente un crucifijo.

«En ese momento el jefe hizo la señal de fuego, y se escuchó el ruido de la descarga.

«Cuando se disipó el humo de la pólvora, don Agustin de Iturbide no era ya más que un cadáver cubierto de sangre.»

III.

En la suntuosa Catedral de México, y en la sexta capilla de la nave izquierda, consagrada al mártir mexicano *Felipe de Jesus*, se vé sobre uno de los altares una urna de mármol negro, donde se lee esta inscripción en letras de oro:

AGUSTIN DE ITURBIDE
AUTOR DE LA INDEPEDENCIA MEXICANA.
COMPATRIOTA LLORALO
PASAJERO ADMIRALO.
ESTE MONUMENTO GUARDA LAS CENIZAS
DE UN HEROE.
SU ALMA DESCANSA EN EL SENO DE DIOS.

FIN.

INDICE

Primera parte.

El Collar de Esmeraldas

PROLOGO: El libro Rojo . . . . . *pág.* 5
CAP. I. — De la noticia que recibió el general Morelos en su campamento de la Brea . . . . . » 14
» II. — De cómo el tío Blas y la señora Fermina convirtieron en proyectiles los utensilios de la cocina » 22
» III. — Un héroe hace ciento . . . . . » 28
» IV. — De cómo pueden reunirse en un mismo punto cuatro aves de mal agüero . . . . . » 34
» V. — Del zafarrancho de moros que hubo e la hacienda de Chichihualco . . . . . » 40
» VI. — Donde comienza la historia de la primer esmeralda » 47

La primera Generación.

CAP. I. . . . . *pág.* 51
» II. — Que continúa el extracto de los documentos de la primera esmeralda . . . . . » 74
» III. — Apuntes para una causa célebre . . . . » 118
» IV. — Un escrúpulo de conciencia . . . . . » 135
» VII. — De cómo el cura Morelos dió un segundo garrotazo al comandante Garrote . . . . . » 158
» VIII. — De cómo el cura Morelos hizo una de Don Pedro el Cruel . . . . . » 164
» IX. — Donde sigue la segunda parte del capítulo anterior » 170
» X. — La gruta de Michapa . . . . . » 180
» XI. — De la conspiración tramada contra su Excelencia el virrey Don Francisco Javier Venegas . . » 186
» XII. — De la entrada de los insurgentes en la ciudad de Cuautla de Amilpas . . . . . » 195

CAP. XIII. — De cómo es cierto el refran de que « *del plato á la boca se pierde la sopa* » . . . *pág.* 202
» XIV. — De lo que verá el curioso lector como se decida á leer este capítulo . . . . . » 209
» XV. — De cómo dió principio el sitio memorable de la ciudad de Cuautla de Amilpas . . . . » 216
» XVI. — Donde se prueba con toda evidencia, que el valor rompe las cadenas más bien forjadas . . » 222
» XVII. — Una tragedia en la Acordada de México . . » 229
» XVIII. — De una fecha memorable en la historia de México . . . . . » 239
» XIX. — De la reunión de las tres esmeraldas . . » 245

Segunda parte.

¡Viva la America!

CAP. I. — El legado de un héroe . . . . *pág.* 259
» II. — De cómo lo que está escrito tiene que suceder infaliblemente . . . . . » 266
» III. — Siguen las peripecias de la revolución . . » 274
» IV. — La monja espirituada . . . . . » 280
» V. — De los toros y cañas que hizo Iturbide en honor de su amo Fernando VII . . . . . » 291
» VI. — En que se trata de la pena del talión . . » 299
» VII. — De la crísis que precedió á la Independencia Mexicana . . . . . » 305
» VIII. — Donde siguen los acontecimientos de esta verídica historia . . . . . » 311
» IX. — De la primera palabra y las últimas peripecias » 318
» X. — De la proclamación de la Independencia Mexicana » 323
» XI. — De lo que pasó en la cuesta del Cerro de Barrabás » 331
» XII. — De cómo se encontraron tres señores virreyes en el territorio de Nueva España . . . . » 341
» XIII. — La leyenda de las tres esmeraldas . . . » 347
EPILOGO. — El Libro Rojo . . . . . » 351

Mi distinguido amigo Vicente Riva Palacio, ha honrado este libro escribiendo el *Prólogo y Epílogo;* así es que los párrafos de esos capítulo que se hallan entre comillas, son obra de su elegante pluma.

El Autor.

BIBLIOTECA PARTICULAR PROPIEDAD DEL
Lic.
Santiago
Roel
García